

Laura Quintanilla.

*Mirada nocturna.* Encausto y chapopote s/madera, 120 x 100 cm. 1999.

# LA CIUDAD CÁRCEL

## DE JOSÉ REVUELTAS\*

Vicente Francisco Torres\*\*

En una obra literaria tan empapada de preocupaciones sociales como es la de José Revueltas, resulta profético que su primera novela sea *Los muros de agua*. Cuando Revueltas cuenta con 27 años de edad su esposa, la profesora Olivia Peralta, solicita un préstamo a pensiones para hacer la primera edición de esa obra que está centrada en un puñado de presos políticos que llegan a codearse en el penal de las Islas Marías con lo más granado del crimen. *Los muros de agua* es una hermosa expresión que acuña Revueltas para referirse a un penal que en lugar de rejas tiene las insondables aguas del océano Pacífico. Ese mundo poblado por asesinos y ladrones, por custodios crueles, drogadictos y presos políticos es un microcosmos en el que se reproducen todas las contradicciones y los papeles de servidumbre y privilegio que aparecen en todas las sociedades. Las viviendas van desde los sórdidos barracones de los reos más depauperados hasta las casas bien pertrechadas de las autoridades (con *bungalows*, albercas y canchas de tenis),

pasando por la medianía de quienes aprendieron a doblar la cerviz. Cuenta también la prisión con hospital, pequeños comercios y el kiosco donde se fatiga una triste murga.

Junto a los presos políticos, héroes sempiternos de la obra de nuestro autor, aparecen los baldados, los señalados de Dios de que hablaba Roberto Arlt y que serán expresión de la tragedia humana pero también de los instintos envilecidos, como será el caso de "Elena", el enano que en *Los errores* (1964), quizá la novela más ambiciosa de Revueltas, oficia espectáculos soeces en un serpentario y muere cuando lo arrojan al canal del desagüe metido en una maleta que, en la simbología del autor, es una pequeña cárcel de cuero.

Otro tipo de personajes que transitará en la ciudad cárcel de Revueltas y en su obra toda serán los enfermos porque ellos, a diferencia de los seres sanos, son humildes y tienen conciencia de su finitud, de su pequeñez ante las esferas del cosmos. Si los seres deformes suelen ser tuertos que se erigen como símbolo del ojo divino, los enfermos, en el afán revueltiano de someterlo todo a las contradicciones dialécticas, tienen padecimientos venéreos que remiten a la suprema enajenación del hombre en el ámbito de la prostitución, en el mundo que somete a comercio lo único que verdaderamente tenemos, nuestros cuerpos, nuestras personas.

A la fauna recluida en las Islas Marías debemos agregar un leguleyo, un enfermero improvisado, al

\* Conferencia leída el 19 de septiembre de 2002 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, como parte del diplomado *La ilusión viaja en tranvía. la Ciudad de México entre el cine la historia y la literatura*. El ciclo de pláticas estuvo coordinado por el doctor Vicente Quirarte.

\*\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

director y al subdirector del penal, varios gendarmes y al sátrapa de la aldea, que posee a todas las reos. Este mundo sin solidaridad humana creará también un remedo de clases sociales, como el bloque de autoridades y empleados, y los hacheros, ixtleros y palúdicos, estos tres últimos hermanados por la desgracia.

Si José Revueltas sugirió que a la totalidad de su obra se le designara como los días terrenales, desde esta primera novela hay un símbolo contundente que alude a esa condición terrenal, escatológica y errónea del ser humano: me refiero a la guerra de excremento que tiene lugar a bordo del navío que conducía la cuerda a través del Océano Pacífico.

Herederas del criollismo y de la novela de la tierra, *Los muros de agua* pinta el ámbito selvático que sirve de escenario a los atroces episodios que viven los cautivos. No deja de arrojarse ante los tonos azules del mar que se convierten en blancos olanes al chocar con los acantilados y, al describir la incipiente urbanización del penal, toca el lugar común de civilización y barbarie. Si la naturaleza tropical es salvaje y llena de peligros, los pequeños caseríos sientan las bases de la civilización, es decir, empiezan a moldear el prestigio de las ciudades.

Las dos siguientes novelas de Revueltas (*El luto humano*, 1943, y *Los días terrenales*, 1949), no sólo dan nuevamente preeminencia a la naturaleza, sino en ellas va el germen de lo aprendido en los novelistas norteamericanos —particularmente en John Doss Pasos, quien en *Manhattan Transfer* intercaló planos temporales y nos enseñó a escuchar los mil jadeos y las centenas de ruidos que se agitan en la ciudad moderna—. Aunque Revueltas decía no conocer el *Ulises* de Joyce, en el autor de *Dublineses* ya estaba el manejo del fluir de la conciencia —que sirvió para mostrar los brincos desahorados de la mente, el ensueño y el recuerdo—, recurso que tendrá preeminencia en la construcción de *El luto humano* y *Los días terrenales*.

Si en *Los muros de agua* veíamos la enajenación personificada en la prostitución y la reclusión, en *Los días terrenales* aparece personificada en los militantes comunistas, particularmente en Fidel, quien está más preocupado por un informe para el comité central que

en el cadáver de su hija. Los burócratas del partido editan un periódico no para trabajar por el cambio de la sociedad, sino para medrar como apéndices del Partido Comunista de Moscú. La enajenación partidaria, el no pertenecerse de los personajes, es una reiterada alusión a que se ha perdido la libertad.

En esta novela, otro personaje pisa deyecciones humanas para construir de nuevo el símbolo de la terrenalidad de los seres que transitan por la gran urbe y por los ámbitos tropicales. El habitante de la capital o de la ciudad del interior, lo mismo que el hombre bajo el capitalismo o bajo el socialismo, serán seres erróneos, perfectibles, y en su conciencia del carácter erróneo estará la mejor llamada para no idealizar al hombre.

Los militantes comunistas de *Los días terrenales*, que todavía usaban overoles de mezclilla y zapatones claveteados, organizan a campesinos y pescadores en Veracruz y, cuando se trasladan al Distrito Federal, pegan propaganda durante la noche y van a barriadas distantes. Precisamente una noche, sentados en las vías de Ferrocarril de Cintura, que marca la frontera poniente de Tepito, Rosendo y Bautista escuchan las campanadas del reloj de Lecumberri mientras reflexionan sobre las mezclas y superposiciones que han ido conformando la ciudad de México: la catedral está construida con las piedras de los antiguos templos; bajo las casuchas de San Lázaro están sepultados los antiguos canales de Tenochtitlan; Mixcalco y La Candelaria de los Patos, antiguas chinampas bordeadas por canales espejeantes, son hoy barrios vivos y venenosos; en Tlatelolco y Azcapotzalco, donde antes se aposentaban los tianguis llenos de plumas coloridas y telas brillantes, hoy silban las chimeneas y se escucha la marcha contundente de máquinas ciclópeas.

A raíz de la publicación de *Los días terrenales* Revueltas fue expulsado del Partido Comunista. Se le llevó a un tribunal para que se retractara de la crítica que había hecho al estalinismo de los dirigentes y se le pidió que retirara de la circulación esa novela. Hay que escribir contra la burguesía y no contra los dirigentes del proletariado, le dijeron, y Revueltas aceptó. Gracias a esto nacieron *Los motivos de Caín* (1957), quizá su novela más débil, y *En algún*

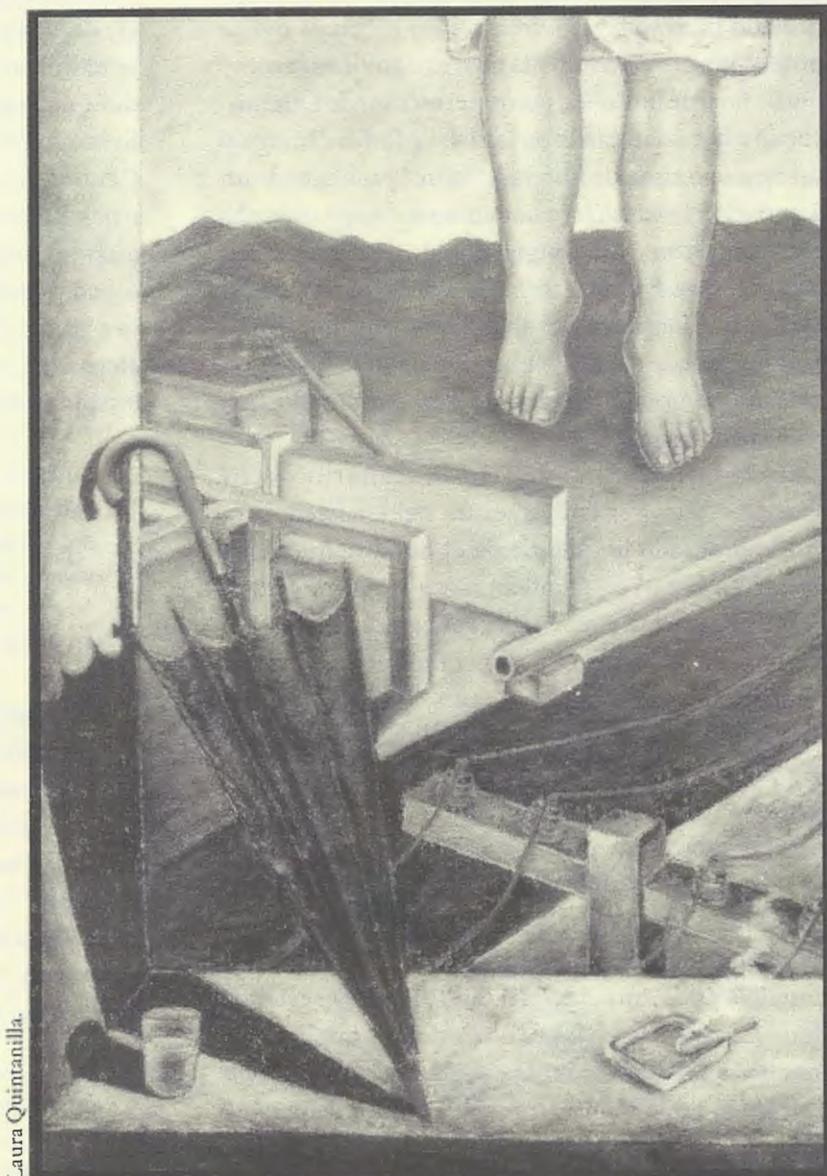
*valle de lágrimas* (1956). Si *Los motivos de Caín* es un alegato contra la guerra ubicado en esa tierra de nadie que es nuestra frontera con Estados Unidos, *En algún valle de lágrimas* narra la vida de un rentista en el marco del viejo centro de la ciudad.

Cuando los padres de Revueltas abandonaron Durango para venir a la capital, se establecieron en las calles de Uruguay con un negocio de abarrotes. Esta calle fue el corazón de donde partían las andanzas de aquel niño lector de vidas de santos y de novelistas rusos. Estudiaba en el Colegio Alemán y paseaba por el atrio de la iglesia de la Soledad, La Merced y La Candelaria de los Patos, lugares poblados por los obreros, cargadores, músicos ambulantes, comerciantes, prostitutas y demás seres abigarrados que pueblan todos sus libros. Precisamente *En algún valle de lágrimas* describe con nostalgia los sitios que transitaba Revueltas de niño: las viejas vecindades, el templo de Porta Coeli, el callejón de Tabaqueros, en donde antaño se vendían ataúdes para muertos pobres y hoy están llenos de adornos navideños.

En *Los errores*, José Revueltas vuelve a sus críticas al estalinismo y elige al tipo de personaje que ya le conocemos. Por un lado, están los dirigentes fanáticos y los militantes honrados; del otro tenemos una fauna lumpenproletaria integrada por prostitutas, taxistas, vendedores callejeros, vividores de mujeres, empleados de circo, ladrones y asesinos. El viejo centro de la ciudad de México es el escenario donde se vive la enajenación sexual, política y social. Los personajes deambulan por San Lázaro y Lecumberri, por San Juan de Letrán y República de Argentina. Sus sombras se deslizan furtivas por la Plaza de Loreto y por las calles de Mixcalco, siempre reflexionando sobre la idea de la prisión. El vientre mater-

no, las garras de las drogas y la maleta en que esconden al enano trapequista son una cárcel. El Muñeco tiene a Lucrecia presa de su amor sucio. Las mujeres viven presas en las redes de la prostitución; un personaje se fuga de la cárcel a través del drenaje y, en general, dirá Revueltas con su visión pesimista, la vida toda es una cárcel.

La expresión más acabada de esta idea la dará Revueltas en su última novela, *El apando* (1969), que es una cárcel dentro de la cárcel. Si la vida y la ciudad eran ya una cárcel, cuando Revueltas ingresa al penal



Laura Quintanilla.

*Anunciación*. Encausto, chapopote, concha nácar, sombrilla s/madera, 120 x 80 cm. 1993.

de Lecumberri a consecuencia de su participación en el movimiento estudiantil de 1968, conocerá el apando, que era una celda de castigo. El apando, en lugar de rejas, tenía paredes sólidas de metal y una pequeña ventana por donde el recluso apenas podía sacar la cabeza colocándola horizontalmente.

Si la idea de encierro se acentúa en la novela porque no hay un solo punto y aparte que ventile esa narración carcelaria, dirá Revueltas: “la cárcel misma no es sino un símbolo porque es la ciudad cárcel, la sociedad cárcel”.

Antes de su muerte, Revueltas publicó en una revista para caballeros un fragmento de novela titulado *El tiempo y el número*. Hoy sabemos que la novela nunca fue terminada pero es significativa como punto final de una obra, porque el escritor de Durango volvió a la ciudad cárcel de las Islas Marías e imaginó un ejercicio atroz de libertad. Sobre la saliente de un acantilado, el mar lanzaba una enorme ola que se retiraba con fuerza, como una lengua líquida que atrajese sus presas al mar. En este escenario, un reo jugaba con la ola, porque llegaba hasta el borde del abismo y corría antes de que la ola lo alcanzara. Luego se sentaba y, jadeante, le gritaba al mar que le había ganado, que había podido escaparse.

Volvamos a Lecumberri —escenario de *El apando*— para ver la desmesura del encierro, para vislumbrar todo lo que pierde el hombre que pone un pie en la cárcel, planteamiento recurrente en la obra de Revueltas. Antes de ser convertida en el actual Archivo de la Nación, la cárcel de Lecumberri fue remodelada: se tumbaron algunas paredes y, como testimonio de la vida que había bullido en su interior, se permitió que se fotografiasen algunos dibujos y pinturas realizados por los reclusos. Además de las vírgenes y sexos femeninos previsibles, había demonios y muchas figuras aladas que expresaban el deseo de fuga. Sin embargo, entre todas las imágenes rescatadas sobresalía una, minuciosamente compuesta y llena de nostalgia y de ternura: en el dibujo veíamos el exterior de un famoso cabaret que ya no existe pero que durante muchos años alumbró una esquina de San Juan de Letrán: el Siglo Veinte, que tenía unos escaparates redondos en donde estaban las bailarinas en ropa de trabajo. Pues bien, el dibujo reproducía el exterior de

aquel cabaret, con un auto estacionado y, en la avenida, bañado por la lluvia, podíamos ver a un niño que corría con su perro. Con estas figuras, ese preso sentimental manifestaba su añoranza del cuerpo femenino, del baile, de la música, del alcohol, de la lluvia, del movimiento, de los hijos, de los animales, de la noche y, en suma, de la libertad y de la ciudad nocturna.

Para nadie es un secreto que Revueltas amaba entrañablemente a su hermano Silvestre. E incluyo la siguiente anécdota porque nos remite a la ciudad que José vivió. Una noche, Pablo Neruda —a quien por cierto está dedicado *El apando*— invitó a su casa a Juan de la Cabada y a Silvestre Revueltas. Como era de esperarse, estuvieron bebiendo y De la Cabada se retiró temprano. Silvestre se le siguió y lo sorprendió una cruda terrible que no pudo curar en casa. Salió a buscar remedio y lo encontró en la Alameda Central, sitio por donde acertaron a pasar dos personajes típicos de la ciudad que vimos quienes hoy estamos cerca de la cincuentena: aquel hombrón ronco y desdentado que hacía bailar con un pandero a un oso gigantesco. En la euforia de la cura etílica alcanzada, cuenta Roberto López Moreno en un libro publicado por el Fondo de Cultura Económica,

Silvestre se quitó la chamarra y se puso a bailar con el oso. Por esta causa la pulmonía lo agarró entre sus brazos y no permitió que Silvestre viviera una noche más, precisamente la noche en que se estrenaría “El renacuajo paseador” en el Palacio de Bellas Artes.

Gran parte de la producción literaria de Revueltas es autobiográfica y eso lo orillaba a manifestar una actitud un tanto naturalista en sus métodos. Nada que no hubiera vivido intensamente podía ingresar como material a sus libros. Y si de la ciudad hemos estado hablando, veamos una imagen de Revueltas en el corazón de la noche, en el antiguo Salón México, para ser exactos. En mi lejana juventud le pregunté si él iba al Salón México con escritores y me dijo:

Sí, pero no con escritores. Yo iba por razones de pura clandestinidad, a comerme unos tacos, unas tostadas, unas tortas [...] Había en Santa Veracruz y Dos de abril una especie de cabaret

donde tenían un letrero que decía: *No tire usted al suelo las colillas encendidas porque las damas se queman los pies*. ¡Porque no traían zapatos! (Risas). Era cautivador, estremecedor y horrible el ver que las prostitutas no tenían zapatos, que eran unas prostitutas como las *marías* actualmente. Te agarrabas a bailar un danzón en medio de un mundo cósmico, lleno de significaciones extraordinarias...

Si en la breve novela *En algún valle de lágrimas* y en *Los errores* Revueltas se refiere en general a la ciudad y a la vida como cárceles, en *Los muros de agua* y en *El tiempo y el número* la cárcel tendrá rejas líquidas. El enano de *Los errores* morirá dentro de una cárcel de

cuero, en las aguas que corrían por el corazón de una ciudad miserable, acotada y hostil en la que sus habitantes padecen enajenación sexual y política. Y ¿qué es la enajenación misma sino el hecho de no pertenecernos, el no ser dueños de nuestra libertad?

*El apando*, finalmente, la cárcel dentro de la cárcel, no será sino la prisión elevada a la *n* potencia: en la cárcel de la vida hay una ciudad reticular que tiene un presidio llamado Lecumberri, que a su vez tiene una cárcel más terrible y más pequeña, el apando, en donde un hombre se encuentra en posición fetal mientras espera la droga que su madre le lleva escondida en la cárcel de sus entrañas, en la entrada de su vientre materno...